

tengo hoy los ojos empapados en lágrimas. Me ahoga la emoción al ver correr a esas buenas mujeres por las calles ya oscuras. ¡Viva Lieja!... Dormid contentas, pobrecitas mujeres sin hombres.

Sigue el cañoneo furioso en la lejanía.

DIA 6. (1)

6 a. m. — Los *shrapnells* zumban en todas direcciones. No respetan los edificios que tienen la Cruz Roja; un obús destruyó la sala 17 del «Hospital de Baviera» y otro las guardillas del

(1) Al derredor del fuerte de Boncelles había ayer 16.000 muertos; 16.000 insignias de identificación se recogieron. Perecieron los 1.400 belgas que defendían los intermedios, casi todos del 1.º de cazadores y del 9.º de línea. Los alemanes atacan los fuertes en columnas compactas de cuatro en fondo; la metralla los siega, pero nuevas tropas los reemplazan constantemente. Son muy numerosos.

«Instituto de Anatomía Patológica», anexo al hospital.

Varios civiles han sido muertos, la ciudad principia a vivir horas angustiosas. Recibimos a una linda muchacha con una horrible herida abdominal; tiene el cuerpo largo, fino y muy blanco. ¡Qué insignificante se ve el sexo junto a la brutal lesión!

Por precaución trasladamos a las cuevas a las enfermas, que están aterrorizadas. Colocamos los colchones en el suelo, en línea, a lo largo de las paredes blancas, y dejando entre ellos una calle estrecha por la cual se pasea la hermana, consolando a las mujeres más agitadas. Una pobre señora tiene ataques; por la mañana le escribió su hijo, que está en un fuerte, y la buena madre guarda aún en la mano crispada el papelito vibrante de patriotismo. Otras enfermas lloran o rezan. En el fondo de la larga cueva hay una

ventana pequeña, por donde penetra un rayo de sol.

11 a. m. — Se suspende momentáneamente el bombardeo. Llegan varios parlamentarios pidiendo la rendición de la plaza. El general Lemans contesta que no se rinden, ni la ciudad, ni los fuertes.

Nos traen numerosos heridos; todos aseguran que los alemanes tiran sobre las ambulancias.

12 a. m. — Vuelve a comenzar el bombardeo. Los cristales de la sala de operaciones vuelan hechos pedazos. Se atiende precisamente a un herido alemán.

2 p. m. — Se rumora que la plaza se rinde. Un suspiro se eleva del fondo obscuro de las cuevas, en donde están las enfermas.

4 p. m. — Flota en la ciudadela la bandera parlamentaria, se trata sólo de un armisticio para recoger los heridos.

8 p. m. — ¡La plaza no se rinde! Desde hace media hora la están bombardeando nuevamente.

12 p. m. — Toda la noche ha proseguido el bombardeo. Nuestros enfermos se quejan de frío y de sed. Por la ventana del fondo de la cueva llega hasta los primeros colchones el resplandor rojizo de los incendios que hay en el barrio. Sobre una mesa arde un cabo de vela; su luz envuelve la toca blanca de la hermana que consuela a una enferma.

Heridos belgas y alemanes.

Visito todas las salas. Un lancero me pregunta si los fuertes se sostienen, y a mi respuesta afirmativa se llena de alegría. Este hombre fué herido por sus propios hermanos: cambiaron su compañía por la noche del fuerte de Fléron al de Barchon, los soldados de aquí no los reconocieron y

tiraron sobre ellos. Dice que los alemanes se baten bien.

Un prusiano tiene las dos rodillas desarticuladas. Se muestra contento porque ya no podrá volver a la lucha, se lava las manos y quiere que lo afeiten mañana por la mañana. Le apremia estar limpio; no sé por qué me recuerda a Poncio Pilato.

Los demás heridos duermen profundamente, hay un gran silencio en las salas. ¡Al fin descansan!

Las heridas que producen los cascos de obús son horribles, no hubiera podido concebirlas la imaginación más exaltada y más cruel; casi todas se infectan. Un soldado de Amberes — probablemente hace días entregado al trabajo en los muelles de su opulenta ciudad — murió en mis manos a consecuencia de una de estas espantosas lesio-

nes. Tenía el estómago dividido en dos partes, cortados cinco veces los intestinos, hecho papilla el bazo, perforado el pulmón izquierdo, etc. ¡Y aún así vivió algunas horas! Fué el primer muerto que arrancó de mi alma una oración. ¡Pero qué fácil es morir! Así, bajo un cielo cubierto de estrellas.

La llegada del primer herido alemán produjo sensación en el hospital. Se le colocó cuidadosamente en la mesa de operaciones y se le desvistió sin causarle el menor daño. Su equipo tan completo nos sorprendió; traen hasta vendas antisépticas en los dobleces de la guerrera y el dinero en un portamonedas atado al cuello. Las famosas botas amarillas nos horrorizaron; pero el casco, negro con oro, nos lo pasamos de mano en mano. Tiene veinticuatro años, es un hércules, blanco y hermoso; los belgas miraban sus músculos casi

con admiración. Una bala le atravesó el muslo izquierdo, se quejaba, pedía cloroformo y pronunciaba en francés el nombre de Dios. Se le concedió todo lo que pedía. No vi odio en ninguno de los que lo atendieron. Viene de Colonia, la vieja y legendaria Colonia de Arciniegas!

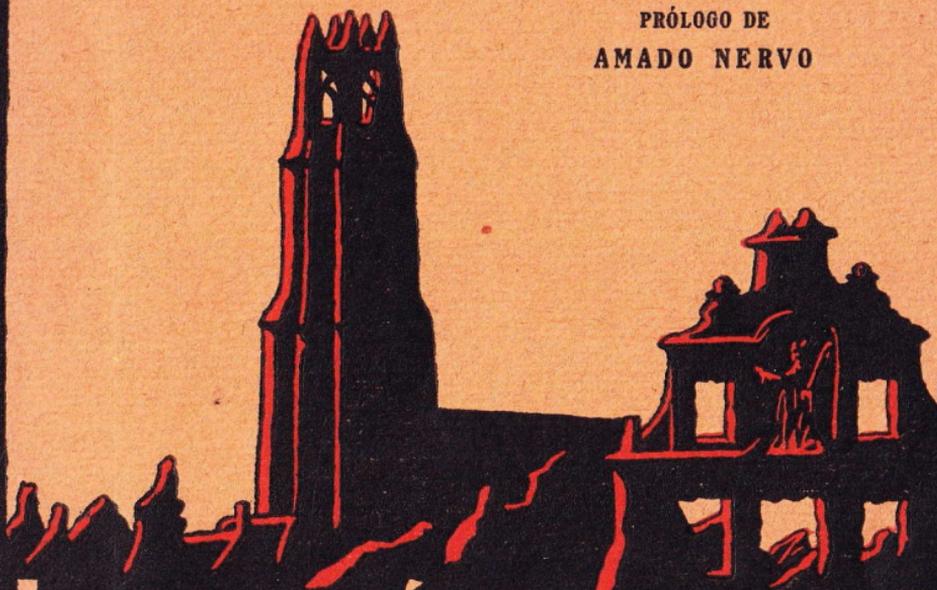


FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA

**PALABRAS DE
FRANCISCO VILLAESPESA**

**PRÓLOGO DE
AMADO NERVO**

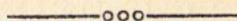


INVASIÓN

**y CONQUISTA
DE LA BÉLGICA MÁRTIR**

FRANCISCO OROZCO MUÑOZ

VOLUNTARIO DE LA CRUZ ROJA BELGA



Invasión y Conquista de la Bélgica Mártir

==== PALABRAS DE ====
FRANCISCO VILLAESPESA

==== PRÓLOGO DE ====
AMADO NERVO



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
16, PRÍNCIPE, 16 - MADRID